

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## Dominica 4.<sup>a</sup> de Cuaresma.

*Acceptit ergo Jesus  
panes, et cum gratias  
egisset, distribuit dis-  
cumbentibus.* JOANN VI.

Maravilloso es el pan que Jesucristo multiplicó en el desierto para alimentar al pueblo que le seguía sin acordarse de sus necesidades corporales; pero mas prodigioso es el pan eucarístico, que Jesús nos dá en la sagrada mesa, pan de vida, prefigurado en los panes del desierto segun Cornelio Alapide, y en el maravilloso Maná que Dios enviaba á los hebreos en su peregrinacion larga y trabajosa hácia la tierra prometida. Pero señalemos una diferencia muy notable entre el Maná y los panes del desierto. Aquel no podía conservarse para el dia siguiente, y de los panes

del desierto, despues de haber comido todos hasta saciarse se llenaron doce canastos con los pedazos sobrantes.

Estas diferencias se notan en sentido tropológico entre los que participan del pan eucarístico. Porque vemos con dolor que muchos cristianos comulgan, reciben este pan misterioso, participan de este alimento nutritivo, y nada queda en ellos de su virtud prodigiosa, ningun efecto produce en sus almas, dado que no se hacen mejores, no dejan sus vicios, no dominan sus pasiones, no abandonan sus malos caminos, no hacen una vida pura, correspondiente á la santidad, á la virtud y eficacia sobrenatural de este divino alimento, incurriendo en la reprension del Profeta: *Calcabis olivam, et non unge-*

*ris oleo* (1). Por el contrario hay gran número de verdaderos cristianos que se aprovechan de este pan vivo, bajado del cielo, y aun sobran doce canastos, esto es, comen, saborean las delicias de este peregrino alimento, y recogen frutos tan sabrosos y delicados como la remisión de sus culpas, la condonación de la pena, el aumento de gracia, la intimidad con su Dios, la tranquilidad de conciencia, consuelos inefables, fuerzas sobrehumanas, agilidad para el bien, y alientos del cielo para emprender con creciente progreso la conquista de la gloria.

¿De donde proviene esta diferencia? ¿Cómo se explica la esterilidad, la ineficacia del pan eucarístico en unos, y su prodigiosa fecundidad en otros, siendo una misma su virtud, y eficacia para todos? Todo se explica por la diferencia de disposición en los que le reciben. En la naturaleza física vemos que los agentes naturales obran con más ó menos actividad según la disposición de la materia. Si el fuego obra sobre madera seca despliega toda su voracidad, mientras que sobre madera verde obra con lentitud, y quizá se paralizan enteramente

su poder y su virtud; el sol refleja mejor sus hermosos rayos sobre bruñido metal que sobre el tosco hierro, y es cosa corriente en buenafilosofía que entre la acción de los agentes naturales y la disposición de los pacientes hay una relación necesaria; de donde inferimos que la diversidad de efectos en los cristianos por parte de la Sagrada Eucaristía se debe á la diversidad de disposiciones por parte de los que reciben este divino manjar de las almas. ¿Qué debemos hacer para lograr una preparación digna de Dios y útil para nosotros? Lo primero es purificar nuestra alma por medio de una buena confesión: disposición *remota*; y lo segundo adornarla con las virtudes teológicas: disposición *próxima*. Escuchad la exposición que voy á hacer de estos dos puntos, y aprendereis la manera de comulgar con verdadero aprovechamiento.

---

## VARIEDADES.

---

### El asesino de sus hijos.

(Conclusion.)

—Calla y escucha. Te comprometes, porque ó no dices la verdad ó tu conducta es infame.

—¡Que....

—Te repito que calles hasta que termi-

(1) Mich. VI.

ne: ten paciencia. Si dices la verdad no tienes mas remedio que cambiar de manera de vivir desde este mismo instante, porque si antes podías alegar ignorancia, desde ahora ya no tienes esta excusa. Pues, bien, tú, cyes, tú con tu conducta actual estás asesinando, á tus hijos que has de tener, si algun dia, Dios te los da para castigo tuyo.

—¡Va, va, val ya vienes aquí con tus solfas de siempre: ¡mira con qué me sale ahora? Es decir que yo mato á quien todavia no vive, á quien todavia no se sabe si ha de vivir.

—Repito que tus excesos de hoy están abriendo la sepultura á tus hijos de mañana.

—Pues si han de morir, vale mas no tenerlos.

—Pues sabiendo la causa de su muerte eres un criminal si no la evitas.

—¡Va, va! Todo será lo que Dios quiera.

—Pero Dios quiere y así lo ha establecido como una de las muchas leyes de la naturaleza, que los hijos de los hombres borrachos, para baldon é ignominia suya, mueran de pequeñitos de ciertas y determinadas enfermedades y de grandes vayan á parar á la casa de locos ó á otro sitio peor.

Pasaron tiempos sin que Perico se corrigiese: todos habían tomado el partido de callar.

Vino un dia, dia feliz. Teresa tuvo una niña, hermosa como un sol: fueron padrinos el tío Tropezones y la madre de Teresa: convidaron á medio lugar. Perico estaba loco de alegría, tan loco, que en el convite bebió mas que entre

todos juntos: el médico lo miraba y callaba; él procuraba apartar sus ojos de los de aquél. A consecuencia de la función tuvo que estar en cama tres dias: fué la risa del pueblo: calcule quien conozca esta gentecilla las bromas que le darian.

Creció la niña y con ella crecieron sus gracias y el amor de sus padres: sobre todo el de Perico. Lo hubiérais visto en cierta ocasion, que Teresa estaba enferma, con la niña en los brazos envuelta en un pañolón de lana de cuadros negros y rojos, él, el valenton, el que se reía de los otros, ir de casa en casa buscándole tetadas por el lugar á la hija de sus entrañas.

—Siempre dije yo que Perico era un buen chico, decia la vecina.

—Si no bebiera vino es un pedazo de pan.

—Puede que ahora lo deje: á veces los hijos hacen cambiar.

—Dios te oiga.

—Cuando el vino deje á él, dijo otra, á ese le pasará lo que al tío Cacharros y á Moscatel.

Vino el tiempo de la dentición: tiempo de alegrías ó de tristezas para los padres. Teresa estaba continuamente tocándole las encías con el dedo.

—Mira, Perico, mira, la niña tiene un diente.

Y perico, con el mazo en una mano y el escoplo en la otra corria á ver la boca de la chiquitina.

—¡Deseos tuyos!

Pues tiene las encías muy inchadas y todo se lo lleva á la boca.

—¡Hija mial! ¡Reina! la hemos de ca-

sar con el mas rico del lugar ¡Marquesa! Hija del conde! continuaba Teresa loca de contenta.

Una noche serian las dos de la madrugada, llamaron precipitadamente en la puerta del médico:

—Se me muere la niña—gritó desde la calle Perico, al tiempo que abrian la ventana para contestar.

—Voy corriendo.—Contestaron desde arriba, cerrando la ventana.

Cuando llegaron la pobrecita niña era presa de una horrorosa convulsion: mentira parecia que cuerpo tan delicado pudiera desarrollar tanta fuerza. El médico arrugó el entrecejo.

Teresa con la hija en el regazo lloraba sin decir una palabra.

Perico se tiraba de los cabellos y daba patadas en el suelo.

—¿Se morirá? Se atrevió á preguntar.

Id corriendo á buscar esto—dijo el médico sin contestar.

Cuatro dias duró la enfermedad que fueron cuatro mil para los atribulados esposos.

Una tarde ya casi de noche estaba Perico trabajando afanosamente en el taller: gruesas lágrimas caian sobre la madera y los niños que subian y bajaban se entretenian en recoger los rizos que cepillaba.

—¡Que ataud tan bonito! Dijo una moza que pasaba por la calle con otra.

—Chica esta noche tendremos baile.

Perico y Teresa se quedaron como si estuvieran solos en el mundo: cada vez que se sentaban en la mesa, renovaban sus tormentos: cada niño pequeñito que

veían se les llenaban los ojos de lágrimas.

Poco á poco fué pasando la pena, pues no hay dolor que dure ni alegría que no acabe; Teresa volvió á su natural buen humor y Perico á sus andadas de año.

Una tarde en el taller, despues de una de las mas tremendas curdas que Perico arrastró en su vida, el médico de sopetón, con esa ruda franqueza que solamente la amistad verdadera sabe usar y tolerar le dijo:

—Yo creí que desde la muerte de la niña te habias escarmentado.

—¿Pero lo dices de veras? preguntó el infeliz Perico lleno de angustia.

—¿No te dice lo mismo tu conciencia?

—Por eso mismo te lo pregunto. Una de las mas grandes penas que jamás he sentido fué, cuando vi espirar á mi pobrecita hija en los brazos de su madre y tu me mirabas silenciosamente; en aquel momento sentí todo el peso de mi pasada conducta como una gran roca sobre mi alma: juré interiormente no beber mas; pero pasó aquel dolor, luego me pareció, que tus reflexiones eran amenazas amistosas y continué bebiendo.

—Pues no te quepa duda, amigo mio, las estadísticas no mienten: no digo todas, porque existen otras causas, pero la mayor parte de los niños que mueren de la enfermedad que murió la tuya son víctimas del alcoholismo de sus padres, que así llamamos nosotros á la borrachera habitual y hoy te repito en el mismo sitio que la otra vez, que si continuas bebiendo continuas siendo el asesino de tus hijos.

—Calla, calla, por Dios, no me atormentes.

—Al contrario, quiero curarte, aunque sea cauterizándote.

Al pobre Perico le caían dos hilos de lagrimas. El médico estaba también visiblemente afectado.

El mundo es así: unas veces es de día, otras de noche: la primavera sigue al invierno, el verano á la primavera: hoy lloramos, mañana reimos. Pasaron pocos meses y otra vez la alegría reinó en la casa de Perico. Teresa tuvo un niño hermoso como un lucero.

—Lo mismo que su padre—decían las vecinas.

—Escupido.

Y otra vez se repitieron las gracias, los mimos y los entusiasmos. Y Perico sin escarmentar bebiendo como un descosido.

—A este lo hemos de hacer canónigo. —Miratelo que gordo y que colorado decía el médico.

Este callaba y se sonreía.

Llegó un día, día fatal para Perico y Teresa.

—Me parece que el niño cruza los ojos, dijo la última asustada.

—¡Tomal es verdad.

Y marchó aceleradamente á buscar á su amigo.

Repitieron las mismas escenas que la vez anterior: solo que Perico estaba mas sombrío, tenía un aspecto amenazador.

El médico le dió una pildorita y le dijo.

Tómatala y te tranquilizarás.

Y efectivamente á media hora miraba á todos con amable sonrisa.

Perico estuvo mas de tres meses sin gustar el vino ni los licores: perdió el apetito y el color.

—Bebe un poco de vino en las comidas: si no abusas no te hará mal.

Temo abusar, si comienzo.

Accedió como á la fuerza y bebió, primero vino en las comidas, luego, vino en los intervalos, luego aguardiente y al poco tiempo volvió á los mismos excesos, aunque no con tanta frecuencia como antes, pero llevando el mismo camino.

—Cometes un pecado mortal, le dijo el señor cura una tarde que lo encontró en las eras.

—Mire V. señor cura, no lo puedo remediar. He hecho esfuerzos supremos para contenerme, pero no puedo. Marcelino me dice, y creo que dice la verdad, que soy el asesino de mis hijos: si otro me lo dijera no se lo que haría; pues á pesar de eso he intentado dejarlo y no puedo: una fuerza superior á mi voluntad me arrastra: me es absolutamente imposible.

—Acude á Dios que Él te lo quitará.

—¡Va! Dios no se cuida de esas cosas.

—Calla, no blasfemes. Dios se cuida de todo. La embriaguez es un pecado mortal: acude á la fuente de misericordia y encontrarás el remedio. En buena hora que D. Marcelino te la señale como causa de la muerte de tus hijos: en eso no me meto yo, porque no lo entiendo: ellos tienen sus estudios de la ciencia natural y aprenden en los padres las enfermedades de los hijos; pero el remedio para esos males veo difícil que te lo den: te dirán que no bebas, que apeles á la razón, que consideres las consecuencias,

pero de ahí no pasarán: por encima de a razon y por encima de todas las consideraciones salta la pasion: pues yo te digo mas: yo te digo si quieres no beber, si quieres adquirir una fuerza de la que hoy careces, acude al origen de toda fuerza, al principio de toda energia: pide al Omnipotente, que por algo se llama así, y si no lo sabes es lo mismo que Todopoderoso, que te lo conceda y te lo concederá, no lo dudes: porque Él lo ha dicho con estas ó parecidas palabras: «Venid á mí todos los que estais cargados que yo os descargaré.» ¿Y á qué fardo te parece que se refiere? ¿A caso á los talegos de trigo, ó á los botos de aceite ó á los fajos de leña que os cargais al hombro? No: alude precisamente al fardo del pecado mortal, á los fajos de nuestras pasiones que nos abruman con su peso, á las talegas de nuestras concupiscencias que nos hacen morder tierra. No seas tñño: tu siempre has tenido un entendimiento claro y un corazon bondadoso: te has desviado del camino de la virtud y te has ido por el camino mas degradante para el hombre, pues que voluntariamente de hombre racional y libre te conviertes, bebiendo, en animal estúpido al capricho del primero que pasa por la calle. Vuelve, hijo mio, vuelve en ti, pero ten entendido que el único medio es el que te propongo. Me rio yo de las mil tonterias que algunos hacen para dejar esa mala costumbre, cuando la manera de conseguirlo es tan sencilla como racional. Dijeras que no quieres, nada te diria, porque al que no quiere salvarse, ni Dios siendo Dios puede salvarlo, pero me dices—no puedo—y á

eso te contesto que acudas á Aquél que todo lo puede: tu pon el querer que ya es bastante: El, no lo dudas, pondrá su poder, y mira, hijo mio, que es infinito.

Perico se quedó pensativo y cabizbajo: fueron andando un buen rato juntos sin decir una palabra mas.

Desde aquel dia Perico estaba mas pesativo que de ordinario: apenas tomaba parte en la conversacion y con estrañeza de todos no lo vieron ir mas á la taberna.

¿Qué tienes? le preguntó el médico.—Te veo cabiloso.

—Estoy bien.

—Si estas tan paliducho y tan aliado.

—Pues me hallo bien.

—No lo creas, dijo Teresa: Hace mas de quince dias que apenas come: ha dejado de beber vino, no almuerza y por la noche no quiere mas que verdura ó sopas, lo que digo yo: eso es demasiado.

—¿Te quieres hacer cartujo? le dijo el médico sonriendo.

—Me quiero curar—le contestó Perico.—Quiero cumplir lo que hace mas de dos años te digo aquí en este mismo sitio: me preguntabas tú que qué haria yo con el que me matase á los hijos, si algun dia llegaba á tenerlos y te contesté que lo mataria yo al que fuese.

—Es verdad, buena memoria tienes.

—Pues bien, estoy matando al asesino de mis hijos.

—¿Chicol ¿estás loco?

—Si loco, pero una locura voluntaria: algun dia me lo dirás. No temais que yo muera, que la mortificacion no mata. Vosotros los médicos sabeis muy bien

las enfermedades, pero ignorais muchos de sus remedios: y gracias á Dios el remedio para mi mal lo he encontrado ya.

El médico miraba á Teresa y á Perico alternativamente sin saber lo que decir.

—Sí, amigo mio, sí: tú me has prestado un gran servicio indicándome las causas de la muerte de mis hijos, pero nada me recetabas: el señor Cura sabe curar mejor que tú esta enfermedad: mañana que es mi cumpleaños voy á hacer confesion general.

—Bueno, bien, me alegro, me alegro, dijo el médico entre corrido y burlon, pues si bien era muy buena persona, muy inteligente en su ciencia, muy honrado en su profesion y muy exacto en cumplir los preceptos, solo los preceptos de la Iglesia, tenia allá en sus adentros ciertos ribetes de racionalista.

Trascurrieron dos ó tres meses y una paz que jamas habian conocido reinaba en aquella mansion. Perico pasaba los dias trabajando en el taller y durante la noche se entretenia hasta la hora de irse á dormir en leer á Teresa algun libro de los que les dejaba el señor cura.

Luego Teresa tuvo otra niña y si hermosos eran los anteriores esta les superaba en alto grado. Teresa la adoraba con verdadero frenesí: la pobre todo el sentimiento que antes gastaba en llorar por los extravios de su marido hoy lo acumulaba por decirlo así en su hijita.

—No la quieras tanto, le solia decir Perico; quizá nos pase como con las otras.

—Calla tonto: Dios tendrá compasion de nosotros ¿no dices que es tan misericordioso?

—Sí, pero la naturaleza es inexorable.

Perico, por suparte, y especialmente cuando estaba solo con su pequeñita, pasaba largos ratos dándole besos, abrazándola tiernamente contra su corazon y llorando lágrimas de arrepentimiento sobre su rostro angelical: la niña sin comprender el llanto de su padre lo miraba sonriendo con aquellos ojazos claros y serenos que solo tiene la inocencia y se entretenia en tirarle de las orejas, del cabello y de la gorra.

Vino la época de la denticion y Teresa comenzó á palparle las encias.

El pobre Perico miraba aquellas maternales pesquisas con tristeza profunda.

Un dia, dia fatal, cayó enferma la niña. Teresa se alarmó: Perico permaneció sereno aunque con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿No vas á buscar al médico?

—Ya iré, deja que concluya de cepillar esta tabla. Cuando llegó á casa de su amigo le dijo éste.

¿Qué ocurre?

—Ya puedes venir á presenciar la muerte de mi tercera victima, le contestó.

—¿La pequeñina?

—Sí: se ha puesto malita.

Despues de haberla inspeccionado dijo:

—Esta vez no es tan grave como las anteriores: me parece que te la salvaremos: tiene otra enfermedad.

—Sí, pero la causa es la misma, repuso Perico.

A los siete dias Perico está haciendo un ataúd, mientras los niños recogian los rizos que caian por el suelo.

—Chica, esta noche acudirás al muer-

to: el hermano de Perico toca la guitarra.

—El que se casa con la Juana.

—Si el mismo.

—Hoy Perico es uno de los principales propietarios del lugar: tiene dos niños como soles que son la admiración de todo el vecindario.

—Que bien está la Teresa decía una vecina.

—Su marido es un pedazo de pan.

—¡Y qué trabajador!

—¡Y qué buen cristiano! no falta á mi-sa ningún día.

Cada vez que el Sr. Cura ó D. Marcelline pasan por la calle del Barranco, Pepito y Aurora corren á besar la mano del primero y á registrar los bolsillos del segundo.

Su padre los mira desde el taller con los ojos llenos de lágrimas: se acuerda que tiene tres ángeles en el cielo.

SANTIAGO.

## PENSAMIENTOS.

Un cristiano oscuro ha leído: «Henó fue hijo de Set, que lo fué de Adán, que lo fué de Dios. Este cristiano, con los ojos del espíritu, ha visto á la humanidad en la persona de Jesucristo sentado á la diestra del Eterno.—¿Con que soy (dice con un gozo, que sería orgullo si el cielo no lo santificara), con que soy hijo de Dios, hermano de Jesucristo, inmortal heredero de su gloria?—Al decir ó al pensar esto, se siente grande, pero se conserva humilde, porque, astro brillante, sabe que le viene toda su luz del sol de gracia. Sus piés tocan en la tierra,

porque al fin es barro; pero su cabeza se esconde en los cielos, porque es hijo del soplo de Dios el huésped celestial que anima ese barro... Suponed á tal hombre, enfermo, pobre, despreciado; suponedle hecho mofa y asco del mundo; pero, ¿qué importa? el tiempo es un instante; la eternidad es... la eternidad. El mundo no es la patria del cristianismo; y Jesucristo, que pasó por él nació en un pesebre, y llevaba al morir una corona de espinas.

(Aparisi.)

La Iglesia es admirable para todo, pero lo es principalmente para servir de medianera entre los pobres y los ricos.

En la gran clase menesterosa hay una zona superior, una zona media, y una zona ínfima; como en las clases superiores hay una aristocracia, hay una clase media, hay una plebe. La aristocracia de la miseria está compuesta de colonos; la clase media, de obreros; la plebe, de mendigos. Pues bien, la Iglesia dió á cada una lo que necesitaba: á los colonos les dió tierras, para los obreros sembró de monumentos la Europa, para los mendigos tuvo pan, y á ninguno dejó morir de hambre.

(Donoso Cortés)

Murmurar es sacar á relucir las oscuridades de las vidas ajenas.

La murmuración se parece á la lima sorda, en que corta sin ruido, y á la gota de agua, en que rompe la piedra.

(Selgas)